

**Homilía del Prior General, Fray Hubert M<sup>a</sup> Moons,  
en la Misa de Acción de Gracias celebrada en Mislata el 6 de mayo de 2001**

**Ave María**

Queridas Monjas, hermanos y hermanas:

Nos encontramos celebrando la Eucaristía, es decir, dando gracias al Padre celestial por la Beatificación de nuestra Mártir, la Madre María Guadalupe. Es el domingo del Buen Pastor, la Jomada Mundial de oración por las Vocaciones, ocasión de gratitud que se convierte en compromiso en promover la vida contemplativa.

El Resucitado abre a nuevos horizontes: hoy guía a Pablo y a Bernabé hacia los paganos, nos acoge en la liturgia celestial del libro del Apocalipsis, nos introduce en la vida eterna.

Aquel que llama nos abre a un futuro nuevo e inmenso: no sabemos a dónde nos puede llevar nuestra profesión pascual. Como no podía saber la Madre M. Guadalupe a dónde le habría llevado la promesa del día de su primera comunión de ser "toda para El".

Todas las épocas históricas son en cierto modo difíciles: hay envidias, contradicciones y blasfemias cuando "casi toda la ciudad, judíos y prosélitos, se reúne para escuchar la palabra".

Mujeres piadosas de alto rango y nobles de la ciudad provocan una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsan de su territorio. Situaciones que continúan hoy en varios lugares del mundo. Hombres y mujeres de todas las tribus pasan a lo largo de la historia a través de la gran tribulación y "lavan sus vestidos en la sangre del Cordero"; una de ellas es la Madre M. Guadalupe.

La conversión es posible; Saulo era, al principio, uno de los perseguidores de los cristianos. La Luz de Cristo y su Palabra lo han alcanzado, y ahora es un testigo del Señor entre su gente y él mismo un perseguido. Es un momento de nuestra vocación: una persona, una palabra - instrumentos de gracias -, nos dan el sentido de una vida mayor y nos introducen en el rebaño del Buen Pastor.

Para la Madre Guadalupe era su familia, su parroquia, sus asociaciones, el domingo. Dios envía siempre a alguien cuando dentro de nosotros hay hambre y sed de algo; cuando el ambiente quema y quita el respiro. Y tú, ¿A quién le pides que te oriente hacia Cristo? Y ahora comienza el camino del seguimiento: la Palabra escuchada nos lleva hacia el Buen Pastor, hacia quien nos guía hacia la fuente de agua viva, aquel que seca toda lágrima de nuestros ojos; Jesús mismo nos da la mano y nos conduce hacia las manos del Padre. De la soledad de la búsqueda hacia la comunión, a la vida sin límites. Por esto la vida monástica utiliza fácilmente un lenguaje sponsal, de amor, de comunión. De aquí nace la alegría incluso en los momentos difíciles. ¿No era la alegría una de las características de la M. Guadalupe en medio de la vida disciplinada de su tiempo? La respuesta a la llamada se convierte en una posibilidad para amar. La comunión con Cristo, el camino hacia el Padre, se vive más en la liturgia de la segunda lectura y en la cotidianidad de la comunidad monástica: de pie, delante del Cordero, hombres y mujeres de toda nación, raza, pueblo y lengua: en el santuario.

En los versículos no citados escuchamos la oración de alabanza: "Amén. Alabanza, honor y potencia y fuerza a nuestro Dios". Ahí ya resuena también nuestra liturgia: el "gloria a Ti, oh Cristo" (después del Evangelio), la asamblea de los ángeles y santos que introduce al Santo.

La oración personal y la liturgia anticipan la alegría de estar para siempre delante del trono: el martirio ha introducido a la Madre Guadalupe en la asamblea del Apocalipsis. El domingo, las oraciones y las homilías eran el terreno en donde crecía la fe de la M. Guadalupe. El monasterio es el lugar en donde se encuentra todo el tiempo necesario para la

oración y la liturgia, en donde el domingo es vivido con serenidad y alegría: un don a la comunidad cristiana, una corrección fraterna a muchos de nosotros comprometidos en tantas cosas.

El Pastor reúne, conoce, ama y orienta, ofrece la propia vida. El servicio de la Madre Guadalupe como Maestra de novicias y como Priora, el contenido de sus coloquios con mucha gente en tiempos difíciles. Su muerte: ella se hace Buen Pastor, ofrece la vida. La M. Guadalupe hace suyas las palabras de Jesús, Buen Pastor, por las ovejas: "Las ovejas no se perderán y nadie las robará de mis manos (Jn 10, 28). No esconde que es monja, esposa de Cristo, y ofrece el propio martirio para que la Iglesia viva (las ovejas de Cristo) en España... y allí regresa la Orden de los frailes. Cristo que ora e actúa por la unidad; yo y el Padre somos una cosa sola. Es una parte de la vocación de cada uno, de la vocación de los Siervos: Ser un signo de la unión de todos en Cristo, alargar la fraternidad de manera que la liturgia de alabanza y unidad alcance a cada persona: en la invocación, en las actitudes, en el coloquio en la sala de visitas. La unión es siempre fruto de la muerte de Jesús, contemplado con amor por la Beata.

Una vocación a la universalidad: Pablo y Bernabé se ven bajo el influjo del texto del Siervo sufriente: "Yo te he puesto como luz para las gentes, para que tú lleves la salvación hasta los confines de la tierra". Los pueblos de España, después del martirio de la guerra civil, se han vuelto más evangelizadores en todo el mundo. Si la predicación no es acogida, es necesario ir hacia quienes tienen hambre y sed de la palabra de Dios, de vida eterna aquí y fuera de aquí. Estos dos mensajes hacen parte de toda relación con las Monjas: crear comunión y evangelizar; son dos elementos de toda vocación en cualquier lugar en el que nos encontremos diariamente. El Espíritu Santo realizará todo esto también en nosotros. Amén.